

Debe recordar el lector en qué circunstancias nos encontramos por última vez con el ministro Luis de Villequier.

Fué la noche anterior, y en el gabinete que le estaba reservado en el Luvre. Allí había dado cita á su fisico Salem-Kebir, para obtener, con ayuda de este, y prévia consulta del cuerpo trasladado desde Montfaucon en la piel de un perro, la promesa de que conseguiría hacerse amar por Yannie de Goulaine, su pupila.

Ya sabemos que la mágica evocación pareció serle favorable al principio y hasta el momento en que el arúspice árabe, compulsando otro libro del destino, sacó de entre los pliegues de su manto el collar de perlas adornado con un medallón en el que figuraban las iniciales de la joven.

A partir de ese momento las revelaciones se precipitaron terribles, formidables, probando una doble abo-

minación : que Yannie estaba enamorada de otro hombre, y que corría inminente peligro de muerte.

Aterrado por la doble revelación, el ministro hubo de dejar plantado á su fisico y atropellando al alabardero de guardia, alejóse corriendo por los jardines. Su hotel se hallaba muy próximo, en el centro de la calle de la Austruce, á mano izquierda.

Un momento le bastó para llegar hasta el portal. Ya dentro, llamó inútilmente á grandes voces á su pupila y á la dama Tifania, la dueña. Nadie le contestó. En vano dióse á recorrer todas las habitaciones una por una; en vano lo registró todo en la alcoba de Yannie, todo, hasta la cama; en vano, creyendo que la joven se escondía por el gusto de darle una broma, la suplicó sollozante que cesase su juego peligroso.

Cuando se hubo al fin persuadido de que se lamentaba en el vacío, de que la desaparecida Yannie no había de mostrarse, dió rienda suelta á su formidable desesperación.

Arrojóse como un loco furioso sobre los vestidos de la desaparecida amada, mordió sus almohadas, desgarró sus sábanas, su ropa interior, sus encajes, y perdió por último el conocimiento, agotado por efecto de la enorme sentimental excitación.

Toda aquella noche y buena parte del siguiente día pasó Villequier en horribles reproducciones de la inaudita escena, seguidas siempre del funesto amodramamiento.

He ahí porqué no pudo verse al canciller ocupando su puesto en el cortejo de los funerales.

En ayunas desde la víspera, y completamente agotado por las crisis sucesivas, Luis de Villequier acababa de despertarse por quinta ó sexta vez en el destrozado lecho de su pupila, cuando de sus labios cárdenos se escapó este grito de rabia :

— ¿Qué haces ahí, hereje? ¿Vienes acaso á recrearte en tu obra?

Salem Kebir, velado como siempre el rostro, imperturbable, hallábase en efecto cerca de él.

Era entonces la hora misma en que Sed de Amor era recibido en el Hotel de Villanueva por el gran marqués, de la original manera que hemos visto en el capítulo precedente.

— Excelencia, — contestó el físico, — yo soy completamente ajeno á la desgracia que lamentáis. Yo no he hecho más que transmitir el secreto que me fué revelado por las perlas del collar de la señorita de Goulaine. ¿Creéis que puede calificarse de mala acción lo por mí hecho en este asunto, que no es más que lo que acabo de manifestaros?

— Confieso mi error; — dijo el ministro levantándose para reparar el desorden de su toaleta, del que parecía avergonzado. — Pero ¿cómo es que no me dijiste ni el sitio donde se encuentra Yannie, ni tampoco si me es permitido esperar reconquistarla?

— ¿Me lo ha preguntado acaso vuestra gracia? — dijo Salem-Kebir, siempre solemne.

— Eso no es contestar; si tú no sabes nada, preguntaré á la señora Tifania...

— Que nada sabe, por la sencilla razón de que los

que vinieron á esta casa en busca del tesoro de vuestra señoría, estaban enmascarados.

— Y tú, ¿sabes algo?

— Yo lo sé todo.

— ¿Pero lo dices todo también?

— Según; eso depende del precio que se me pague.

— ¿Quieres cien libras? ¿Quieres mil?

— El dinero no tiene valor alguno para quien como yo, puede producir el oro. Por otra parte, excelencia, vuestro favor está muy depreciado...

— ¿Quiere eso decir que he caído en desgracia?

— Por lo menos estáis á punto de caer.

— ¡Ah, maldito, maldito! — gritó el canciller dejándose caer en el borde del lecho; — por tan odiosa mentira mereces que te haga desollar vivo.

La elevada estatura de Salem-Kebir pareció aumentar aún más. Cruzó los brazos sobre el pecho, y avanzando hacia el ministro, declaró con calma :

— Marqués de Villequier, no tengo por costumbre afirmar aquello de que no me consta la certeza absoluta; oidme con un poco de paciencia y procurad aprovecharos de lo que vais á oír, caso de que ello sea posible. Con mi colaboración, aún podréis ser poderoso, pero fijaos bien en lo que digo, si os negáis á seguir el camino que yo os trace, vuestra misión ha terminado para siempre, estaréis irremisiblemente perdido.

Hizo el físico una ligera pausa, y añadió enseguida :

— Aunque vuestro deber es el de no separaros de la persona del rey, y por más de que el deber que tenéis de protegerle es tal vez la única razón que hace vues-

tra fuerza, esta mañana no os encontrabais á su lado. Por eso sin duda ignoráis lo que ha sucedido. Sabed pues que los truhanes se han apoderado del rey, lo han capturado. .

— ¡Capturado! — repitió Villequier en el colmo de la estupefacción.

Pero el físico le interrumpió en el acto.

— ¡Silencio! — dijo. — Estoy hablando yo. Decía pues que ha sido capturado, y que á estas horas hallaríase probablemente en el fondo de algún claustro, si un hombre intrépido, de valor inverosímil, no hubiese realizado el milagro de arrancarlo de las garras de la multitud sublevada. El resultado de todo esto no es difícil de prever. En este mismo instante mi correligionario y rival Mammouth el rojo se encuentra en la cámara de Enrique de Valois procurando comunicar un poco de su energía á ese fantoche á quien deslumbran los actos de energía, y tratando al mismo tiempo de persuadirle de que sería convenientísimo para él, en estos tiempos de revueltas, asegurarse mediante grandes y fastuosas concesiones el concurso del hombre abnegado y heroico que lo salvó esta mañana.

— ¿Es á ese hombre á quien Enrique III quiere dar mi puesto? En tal caso estoy perdido; — gimió Villequier.

Mírole Salem con abrumador desprecio.

— Quien se resigna, — dijo, — sin luchar, es indigno de que se le ayude. Marqués de Villequier, el actual momento es decisivo; respondedme. ¿Queréis consolidar vuestro vacilante poder? ¿Queréis encontrar á vuestra pupila?

El ministro se levantó, como galvanizado.

— ¿Que es preciso hacer para eso? — dijo.

La voz del berberisco adquirió cierto dejo de amargura.

— Permitidme que os narre antes una historia triste. Seré breve; de mi relato deduciréis las razones que me impulsan á secundar vuestros deseos.

Yo tuve en otros tiempos una esposa á quien adoraba, y un hijo, esperanza de mi raza.

— ¿Cómo? — preguntó el canciller intrigado. — ¿Tú, Salem, tú has sido casado?

— El amor, excelencia, no es enfermedad peculiar á los cristianos. ¿Y sabéis lo que fué de mi esposa y de mi hijo?

— ¡Ah, era un hijo!

— Sí. Una noche, durante mi ausencia, fueron ambos asesinados y quemados por los bohemios.

— Ya; y tú quieres vengarte de esos zingaros.

— De su reina, sí; de Phtah Mansour y de su hijo.

— ¿Pero sabes dónde encontrarlos?

— Con prender al segundo, tendremos enseguida á la madre; lo malo es que se trata de un hombre terrible, poderoso, múltiple, y rara vez parecido á sí mismo. Su madre ha hecho de él un monstruo, falsificando su semblante gracias á una infernal carnoplastia. ¿Ha oído vuestra gracia hablar alguna vez *del hombre de la cara robada*?

Villequier abrió los brazos, con gesto de denegación.

— Pues bien, ese hombre es á un tiempo mismo el

bandido Sed de Sangre y el fastuoso y alegre duque de Saboya-Nemours.

— ¿Te has vuelto loco, desgraciado; — gimió el ministro estremeciéndose. — Porque sólo á un loco puede ocurrírsele la idea de asociarme á sus proyectos de venganza contra ese favorito, ¡y en qué momento! precisamente cuando el rey parece volverme las espaldas.

Salem Kebir sonrió, replicando enseguida con su acostumbrada calma.

— Una contra-marcha, venerado señor, ó un movimiento envolvente, cambia en victoria una derrota. Si para reinar es necesario dividir, para dominar al amo un ministro debe hacerse necesario, imponerse... Sentaos á esa mesa. ¿Tenéis ahí un pergamino sellado? Muy bien; en ese caso escribid. Voy á dictaros el movimiento envolvente que asegurará vuestra victoria; á abrir la contramina que hará inútiles los trabajos de zapa del mago rojo.

El canciller, dominado, se instaló ante la mesa de Yannie, y su pluma empezó á correr transcribiendo las palabras que dictaba el físico:

« Orden al rector de la Universidad de París para la clausura de Escuelas y Facultades. Orden al Preboste de los mercaderes y á los concejales para que suspendan todos los preparativos de fiesta en la casa de la villa. Orden á Juan Bussy Leclerc, procurador del gran Chatelet, para que proceda á la evacuación y clausura de todos los pasajes, patios, callejones y cloacas que sirven de albergue á malandrines y falsos lisiados.

— Recuerda hereje, — interrumpió Villequier, —

que algo se ha intentado ya á ese respecto, y que la cosa estuvo á punto de acabar muy mal.

— Porque no se hizo bien, excelencia. Esta vez, si no se cometen torpezas, todo saldrá á pedir de boca. Continuo.

« Orden de clausura de los conventos de amor, casas de encuentros agradables, tabladillos de farsas y sátiras, y cantinas populares.

— ¡Oh, oh!

— « Orden al señor de Estouteville de poner estrecho cerco al Hotel de Guisa, al de Crillon y al de Navarra, y de capturar, donde quiera que se encuentren, embastillándolos, al duque de Saboya-Nemours, á su eminencia el obispo de Auch, á Juan de Montluc...

— ¡Basta, diablo encarnado! — dijo el canciller dejando caer la pluma. París estallará al enterarse de esto, y cincuenta mil energúmenos se lanzarán á la calle.

— No, serán cien mil, por lo menos. Y para hacerles callar es para lo que Enrique de Valois tendrá necesidad de su ministro. Ahora, excelencia, y antes de poner ahí vuestra firma, escribid aún estas palabras: « Por el rey y para el rey ».

Hecho todo á medida de su gusto, el enigmático personaje tomó el pergamino, ocultándolo entre los pliegues de su manto, y dijo mientras se dirigía hacia la puerta:

— Gracias, venerado señor; ambos seremos vengados. Sabed ahora que la señorita Yannie de Goulaine se encuentra en poder de los condes de Entragues, en su hotel de la calle del Gallo.

Dicho esto, salió murmurando :

— Vamos ahora á ver al otro. ¡ Blanca, oh mi Blanca amada, tú que ves lo impropio de mi labor, sostenme hasta que pueda dárla por terminada. Ni mi hermano Jacobo ni tu hijo volverán á interponerse entre el último vástago de Catalina y la justicia del pueblo conducida por mí... Pero antes de que suene la hora en que Francia se verá libre de la raza maldita de los Valois, Enrique puede aún sernos útil...

Una vez solo el marqués de Villequier, permaneció un momento indeciso acerca de lo que debía hacer. Acababa de firmar una serie de órdenes que debían arrancar un rugido formidable al león popular. ¿Qué cataclismo vendría tras el rugido?

— ¡ Bah ! — murmuró, como Catón el viejo pudo pronunciar su *delenda est Cartago*; — mi seguridad lo exigía así. Si no me es posible dominar la fiera y volverla á su cubil, venga tras de nosotros el fin del mundo.

Y asaltado de nuevo por el recuerdo de Yannie, entero, no obstante lo agudo de su reciente crisis, franqueó á su vez el umbral de aquella cámara, en la que estuvo á punto de dejarse la razón.

.....

En el gran salón del Luvre, precisamente en el mismo en que figuraban como adorno *Endimión y la Ninfa* y en el cual vimos al esposo de Luisa de Lorena distraerse haciendo que sus cortesanos se probasen trajes de bailarina, encontramos ahora de nuevo á Enrique de Valois, revolcándose, más que acostado, en un lecho de

aparato, y lanzando lamentables quejidos en presencia de sus consternados miñones.

Desde el momento en que lo condujeran á su palacio, es decir, desde la una de la tarde, habíase abstenido de tomar alimento alguno, dedicándose exclusivamente á gemir, sin perjuicio de llamar por turno en su auxilio al Espíritu Santo, á la santa misa y á Mammouth el rojo.

Solo el último hubiera podido acudir á su llamamiento, de haber sido encontrado por los que en su busca salieron; pero como el docto musulmán tenía plena libertad para proceder á su antojo, habíase sin duda acordado algún descanso con motivo de la celebración de los funerales del ojo, puesto que no fué posible dar con él. De ahí, que el rey se viera en la necesidad de aceptar los servicios del maestro Ambrosio Paré, llamado con urgencia á la real cámara.

Un examen superficial bastó al célebre cirujano calvinista para convencerse de que el enfermo tenía más miedo que otra cosa, y se retiró en el acto, luego de aconsejar el empleo de calmantes anodinos.

En realidad de verdad Enrique sufría de una sencilla herida de amor propio, pues durante el tiempo, cortísimo, que permaneciera entre los brazos hercúleos del mercenario teutón, no tuvo que lamentar ni el más insignificante arañazo.

Claro es que su amor propio ofendido generó en él la cólera, de la que no fueron precisamente blanco los truhanes sublevados, sino ¡ quién lo dijera ! los gentiles-hombres de su corte que se habían dejado arrollar estú-

pidamente, y que no supieron evitarle el oprobio de ser tomado en brazos, como una criatura, por el inverosímil caballero que habiase erigido en salvador suyo.

¡ Haber sido visto de los parisienses en tal postura ridícula, él, que había aplastado á Condé en Jarnac y cortado las tropas de Coligny en Moncontour !

— ¡ Qué hurmillación ! De ella culpaba á todos : al marqués de O, á Saint-Megrin, á Quelus, á Livarot, á Joyeuse, á de Epernon, hasta al mismo enano Sibillot, su bufón. Además, decía pestes de Nemours y fulminaba contra Villequier.

Nadie escapaba á sus furiosas recriminaciones : ni siquiera du Gaz, ni de Maugiron. El primero porque muerto en duelo no le era permitido mostrarse atacado de furor deambulatorio ; el segundo por haberse dejado despojar de su mejor adorno, dando con esto motivo á la ceremonia que tan mal había terminado.

Desde la una de la tarde hasta el momento en que lo encontramos de nuevo, que es al anoecer y en los precisos instantes en que fuera cae copiosa lluvia de tormenta, el rey había pasado el tiempo revolviéndose en la cama y quejándose en voz baja sin percatarse, al parecer, del penoso silencio y de la prolongada abstinencia que imponía á los demás.

La abortada sedición no había tenido consecuencia alguna. Ciertos rumores alarmantes circularon por París en los primeros momentos ; pero como carecían de consistencia, la normalidad quedó pronto restablecida por todas partes, excepto en el palacio real, en el que

era preciso conformarse á la etiqueta de los días nefastos, esto es, de aquellos en que el soberano se hallaba molestado por sus vapores.

— ¡ Por la santa misa ! — gritó de pronto Enrique, — ¿ creéis acaso que estoy ya en disposición de ser conducido al panteón de San Dionisio ? A ver, ¿ quién es el que se atreve á producir ese ruido ?

Hacia él avanzaba el capitán de los guardias, los tacones de cuyas botas resonaban en el suelo enmaderado.

— ¡ Señor ! — dijo inclinándose.

— ¡ Ah ! eres tú, Bervic ?

— Señor, el señor Mammouth el rojo pregunta...

— ¡ Cómo ! ¿ Mi mago ha aparecido ? — gritó alegremente el enfermo iniciando una cabriola. — ¡ Haberlo dicho antes ! Que entre, que entre enseguida.

El mago no había esperado tal invitación, y cuando Enrique la formulaba apartábanse ya los cortesanos para dar paso al nigromante cuyo atlético cuerpo se dibujaba bajo los pliegues del rojo albornoz, tan conocido como temido de todos, y cuya cabeza, protegida por un capuchón del mismo color, herméticamente cerrado, sobresalía no poco entre todas las demás.

Por una coincidencia sin duda, de la que no habría dejado de extrañarse Villequier si alguien se la hubiese hecho observar, el mago rojo llegaba á presencia del rey pocos minutos después de retirarse Salem-Kebir del Hotel del ministro.

— Heme aquí, señor ; — dijo llegado que fué junto al lecho de aparato.

— Paréceme, descreído, que me abandonas; — le interrumpió el rey. — Quiero verte junto á mí cuando me encuentre enfermo. ¿Dónde estabas?

— Permitidme, señor, que no conteste; son muchos los oídos que pueden escuchar mis palabras.

El rey pronunció una sola palabra :

— Señores...

Y los gentileshombres, afectando gran pesadumbre, pero encantados en el fondo de verse al fin libres, doblaron el espinazo, y precedidos por Bervic dirigieron hacia la puerta, mientras que el hombre rojo los veía alejarse.

Cuando el último de ellos hubo salido, volvióse hacia Enrique.

— Soberano, — dijo con grave acento — el orgullo que domina á los grandes de la tierra los condena á la ceguera. Allah pone en la cuna de los reyes los cien ojos de Argos, un verdadero tesoro como veis; desgraciadamente son pocos los que de ellos saben servirse con provecho. La prueba es que vos mismo, señor, imitando el gesto de Juno, habéis trocado el manto azul de la realeza por la vistosa cola del pavo real.

Enrique se tapó los oídos, gritando al mismo tiempo :

— ¡ Confundido se vea tu Allah, brujo maldito! Creo que es más fácil descifrar tus jeroglíficos que comprender el sentido de tus palabras.

— Me explicaré con más claridad, señor; — dijo Mammouth. — Mientras que vos os tapabais los ojos para no ver un mal imaginario, mientras que rodeado

de viles señores que os desprecian os dejabais dominar por la cólera generada por la fatuidad vencida, yo, Mammouth, desdeñando haceros la corte porque la abnegación verdadera va pareja con la dignidad, me hallaba donde debía hallarme.

— Vuelvo á preguntarte como antes : ¿dónde estabas?

Sin contestar directamente á la pregunta, Mammouth formuló á su vez esta otra :

— ¿No se os ha ocurrido preguntaros, señor, quién ha empujado á los truhanes á cometer el reprobable atentado de esta mañana?

— Tal vez has sido tú, hipócrita sacrilego, — exclamó Enrique. — Porque la causa inicial del movimiento hemos de buscarla en la proclama que hiciste publicar ayer á la entrada de la Corte de los milagros. ¡Vamos, traidor, descreído, atrévete á acusar á otro!

El mago aguantó inmovible el chaparrón de insultos, y pasado que el mismo fué, continuó ni más ni menos tranquilo que antes :

— ¿Os habéis preguntado á qué causa podía obedecer la ausencia anormal del canciller, de la ceremonia de hoy?

— ¡ No! El pobre tendrá no poco que hacer si pretende restablecer el orden...

— A menos que no se proponga aumentar el desorden; — dijo imperturbable el mago.

Esta vez el rey se incorporó apoyándose en un codo, y contestó alegremente, casi risueño.

— Ya vibró tu cuerda sensible. Confiesa que estás

envidioso de Luis. Vamos, la verdad, di de una vez que te gustaría sentarte en su poltrona...

— ¡Pueda Mahoma evitarme semejante penitencia! — dijo el mago. — El peso del poder solo un hombre puede hoy soportarlo noblemente; su nombre es sinónimo de lealtad, de intrepidez y de franqueza...

— Ya sé, ya sé; — interrumpió Enrique. — Ya me lo has señalado. Pero eso es una locura, pues que Jacobo de Villanueva-Marsan está muerto, completamente muerto, y como sabes yo mismo he visto sus despojos... ¡Una cosa horrible, en verdad! He de hacer rezar misas por el descanso de su alma. Te digo que es una locura; los muertos no resucitan.

Y en voz más baja, añadió el rey:

— Por más de que du Gaz ha resucitado.

Permaneció un instante pensativo, y siguió luego diciendo:

— Pero vamos á ver, ¿qué era lo que ibas á decirme acerca de Villequier?

— Nada más que la verdad. Hace un momento me preguntasteis dónde estuve y de dónde venía. Sabed pues que estuve en casa de monseñor de Villequier.

— ¿Tú en casa de Villequier? — preguntó incrédulo el rey.

— Sí, pero no en persona, — dijo Mammouth — porque no me hubiera sido posible introducirme, encontrándose allí como se encontraba Salem-Kébir.

— Mira, no volvamos á tus necedades; como si lo viera vas á decirme que estabas allí sin estar; vamos, que estabas en espíritu.

— Habéis adivinado, señor. Solo mi pensamiento ha visitado la casa del canciller, quien escribía febrilmente órdenes que le eran dictadas por su físico.

— Cumplia pues con su deber.

— Es que esas órdenes, señor, son de tal naturaleza, que su ejecución puede determinar en Paris una terrible conflagración que dará al traste con el trono.

Enrique de Valois se puso lívido.

— ¡Mientes! — gritó colérico.

— ¿Me creeréis si os muestro el pergamino?

— ¿Quién me dice — preguntó á su vez el rey — que tus sortilegios no te permitén imitar su letra?

— Es que hay también la firma y el sello.

La mano derecha de Mammouth desapareció entre los pliegos del albornoz reapareciendo enseguida con un pergamino, que desplegó.

— ¿Creéis, señor, posible la falsificación de esa rúbrica y de ese sello? — dijo á Enrique estupefacto.

Las pupilas del rey aparecían en efecto dilatadas. Reconoció la autenticidad del documento, que hubo de leer íntegramente, gimoteando á cada línea. Luego exclamó colérico:

— Pero esto equivale á sublevar á toda la truhanería, y á ella se unirán los desocupados, los que gustan de amar y de beber, que no son pocos. Eso es ponerme á mal con la Liga y con la religión á la vez. Pero ¡por la santa misa! pagano, ¿es también por el pensamiento como ha llegado á tu poder ese pergamino?

— Sálfa con él Salem-Kébir, y de él quise apoderarme. Nos medimos en duelo...

— ¡Lo que ha debido gozar el diablo al veros!

— ... captando el fluido astral y las fuerzas atmosféricas, y yo pude más, como siempre que alguien intenta oponerse á mis designios.

— Sea como fuere, — dijo el rey — y por primera providencia, voy á hacer encarcelar á ese ingrato Villequier.

— Guardaos bien de hacerlo, poderoso señor. Permitid, por el contrario, la encarcelación del que se hace llamar Nemours y no es más que un bohemio que se adorna con la melena del león. Decid á los concejales que pareciéndoos sospechoso el barrio en que está la casa de la villa, aceptáis la torre de Nesle como teatro de la fiesta á que ellos os han invitado. Por lo demás, silencio absoluto; como si no supierais nada, y dejadme hacer. Os juro que no tendréis por qué quejaros.

Un momento después, y de acuerdo en absoluto con el monarca, el mago rojo alejábase del Luvre, diciéndose mentalmente :

— Los tengo en mi poder á todos; Blanca será vengada mañana.

Al pasar por la calle de Beauvais había cambiado de aspecto, y hubiérase jurado que era Salem-Kebir. Sin embargo, cuando atravesó la calle de San Honorato, algunos pasantes creyeron reconocerle y se alejaron de él santiguándose y murmurando :

— ¡Abou-Nadarah, el astrólogo de la reina Catalina!... ¡A la hoguera el brujo!

## XIII

## EL ATAÚD DE CRISTAL

El Hotel de Entragues asentaba sus muros de severas líneas en la parte más estrecha de la calle del Gallo.

Dicho edificio, de aspecto por demás austero, parecía hallarse fuera de su emplazamiento natural en el centro del barrio aristocrático que se honraba poseyendo el Hotel de Soissons y el Luvre, y que podía asimismo alardear de ver levantarse en su recinto verdaderas preciosidades arquitecturales representadas por numerosas iglesias, capillas, monasterios y moradas señoriales entre las que se distinguían por su magnificencia, los Hoteles de Epernon, de Longueville, de Borbón, de Alensón y de Orleans.

Y parecía hallarse fuera de su natural emplazamiento, no tan sólo á causa de la ausencia de todo adorno en la rígida fachada, casi puritana, si que también porque desde muchos años antes permanecían sus ventanas cerradas á piedra y lodo, en términos que los vecinos